

Jorge Isaacs en su tiempo...

Escribe: ARTURO LAGUADO

1867 marca una fecha de importancia para la literatura sudamericana; en este año Jorge Isaacs publica la "*María*". Poco queda por agregar sobre esta novela, leída y releída por varias generaciones, incansablemente analizada por los críticos más autorizados de la literatura universal, pero existen ciertos aspectos anecdóticos, que pueden ayudarnos a conocer mejor las circunstancias que rodearon el nacimiento de la obra.

Cuando se publicó "*María*", Isaacs ya era un poeta conocido en Colombia. Su primer libro de poemas vio la luz a causa del entusiasmo de un grupo de literatos bogotanos, que asistió a la lectura de los versos que hasta entonces conservaba inéditos. El mismo grupo de oyentes sufragó los gastos de la primera edición. En el transcurso de dos meses, incluido el tiempo necesario para la impresión del libro, Isaacs logró celebridad como poeta. Un periódico narraba el acontecimiento en los siguientes términos:

"Jorge Isaacs vivía contraído al trabajo humilde, tranquilo e ignorado, sin acordarse para nada de una deidad esquiva y voluntariosa que se llama Gloria... Un día la voluble diosa llamó a la puerta del poeta caucano, e Isaacs, que al amanecer de aquel día se levantó desconocido, esa noche se acostó famoso".

A pesar del entusiasmo que entonces despertó su poesía entre los círculos cultos de Bogotá, hoy Isaacs pasaría por un poeta mediocre si no hubiera escrito su famosa y única novela. Llegamos a veces a asombrarnos de la perdurabilidad de una obra un tanto lacrimógena, hecha dentro de las normas literarias que determinaban la producción de sus contemporáneos. Descendiente en línea recta de los grandes románticos europeos,

Rousseau, Chateaubriand, Shelley, bajo cuya influencia escribió “María” es una novela romántica por excelencia y, al mismo tiempo costumbrista. De esta combinación nace su larga vida y, pudiéramos agregar, su actualidad. La armonía entre los dos términos se entiende mejor si consideramos —como dice Fernando de la Vega— que “en la “María” el prosista vive a expensas del poeta”. En esta forma, Isaacs construye uno de los idilios más frescos de la literatura. Se trata de un idilio juvenil. Escrito para ser leído en esa edad cuando todavía conservamos muchas ideas vagas, abstractas y confusas sobre la realidad.

Tanto en su poesía como en la “*María*”, el autor demuestra una especial inclinación por las descripciones de la naturaleza. La novela está basada en sus recuerdos de adolescente, costumbres y personajes que vio a su alrededor en la hacienda “El Paraíso”, donde transcurrieron sus primeros años. En su forma inicial la “*María*” fue escrita como drama costumbrista, siguiendo la moda del momento entre los escritores bogotanos. Vergara y Vergara, uno de los más firmes y entusiastas admiradores del poeta, al notar las excelentes cualidades descriptivas de Isaacs le habría aconsejado que convirtiese la pieza en una novela, y el autor siguió el consejo. En pocos días, caso excepcional para la época, los ochocientos ejemplares de la primera edición se agotaron. El primer sorprendido fue el autor.

“Siempre he creído que desconfiando de su propio mérito como todos los hombres de verdadero talento, no se atrevió a esperar de su libro la profunda impresión que produjo, el éxito realmente extraordinario que alcanzó en todas partes. Fue tan espléndida, tan completa e incondicional la ovación que se hizo a la obra, que no creo pueda volverse a presenciar nada parecido en nuestro país...”, escribía Rivera y Garrido. “Yo he sentido la emoción de mi libro, decía Isaacs a uno de sus amigos, antes de la publicación de la “*María*”, ¿la sentirá el público?”. El público sintió esa emoción, evidentemente. En pocos días, Isaacs se convirtió en un autor de moda. Entre las damas, el libro produjo una verdadera conmoción. El nombre del novelista logró una resonancia desconocida hasta entonces. En un medio donde los buenos sentimientos eran la piedra angular de toda literatura, los elogios y las demostraciones de admiración sobrepasaron los límites de la sobriedad.

“La aurora se aproxima, escribe al autor un intelectual de su generación, y la amiga lámpara que va a extinguirse me indica que debo terminar esta carta. La pluma ha corrido, ha volado sobre el papel sin pensar en las horas que corren también para siempre... Perdona que en vez de un juicio crítico te envíe un grito de entusiasmo. Ojalá que te sea grato y que vaya a unirse con los que sin duda saludarán tu obra. Si no hallas en estas líneas una sola crítica, culpa no solo de mi insuficiencia sino también a “*María*”. Ella no me ha dejado pensar. Hirió en el corazón, fuente de sensibilidad, y aún mana la sangre de la herida. Adiós”.

Esta carta, mejor que ningún otro documento nos sitúa en pleno siglo XIX, dentro de esa sensibilidad un poco a flor de piel, expresada en una forma cuya exageración nos hace dudar de su absoluta sinceridad.

En Bogotá florecen en todas partes los cenáculos literarios, y asociaciones integrados por gente que se califica a sí misma de “enamorada de las cosas bellas”. Impulsados por ese fervor, una serie de poetas ensaya nuevas fórmulas. Lázaro María Pérez escribe una oda titulada “Crucifixión”, en donde la disposición de los versos imita la forma de una cruz; siguiendo la misma técnica, José María Samper publica “El cáliz de la amargura”, en donde se imita la forma de un cáliz. Las mozas y camareras de los cafés de Bogotá, recitan confidencialmente a los clientes los últimos versos de Gregorio Gutiérrez González, y los bogotanos comienzan a denominar a su ciudad “La Atenas Sudamericana”. Acaso nos sea permitido ahora permanecer escépticos ante ciertas manifestaciones, un tanto excesivas, que envuelven el despertar artístico del país. Los verdaderos talentos se mezclan con los simples aficionados, se diluyen entre la exaltación y el entusiasmo general. La época se halla jalonada por frecuentes y sangrientas guerras civiles; los literatos de hoy son los combatientes de mañana, o los capitanes de los bandos en disputa. La actividad política, la defensa armada de los ideales, se encuentra integrada a las costumbres, al destino de los poetas románticos. En ocasiones, el triunfo del partido adverso trae como consecuencia la ruina económica de sus opositores. Una de estas catástrofes determina la ruina de la familia de Isaacs, y el hijo se ve obligado a suspender sus estudios de medicina en Londres y a regresar

a su patria. Posteriormente él mismo empuñará las armas para luchar, primero con los conservadores y luego en favor de los liberales, sus antiguos enemigos. Los elementos constitutivos de la nacionalidad se hallan en pleno fermento y todos los hombres que valen en el país, están entregados a la tarea de consolidar sus mitos y sus héroes, y a realzar aún castigándola, la gloria de los nuevos valores. Jorge Isaacs nace y muere dentro de su siglo y en cierto sentido, por su obra y por su vida, es un exponente de su tiempo.

Se ha discutido largamente si el personaje de la "*María*" existió. Esta fue la primera preocupación de sus contemporáneos. Para las gentes de la época, el idilio parece demasiado hermoso para ser ficticio; demasiado tierno, hondo, para ser un simple producto de la imaginación. Sus lectores se preguntan además si los paisajes del Valle del Cauca descritos por Isaacs, son tan bellos como estas descripciones. El ardor de las discusiones solo sirve para acrecentar la popularidad del novelista, ya traducido a una docena de lenguas, ensalzado por todos y atacado por sus enemigos personales.

Pero en el fondo las discusiones suscitadas por la aparición de "*María*" carecen de verdadera importancia. La victoria de cualquiera de las tesis controvertidas en nada alteraría el valor del libro.

Como novelista, Isaacs no pudo sobrevivir al triunfo de "*María*". Resulta curioso comprobar que a pesar de haber correspondido su obra a la sensibilidad de su época, y de ser el reflejo más o menos auténtico de una sociedad, una vez descubiertas sus posibilidades y su vocación de novelista, él no publicó otros libros. Entonces se dijo para disculparlo que "la ternura no admite sino una sola edición". Pero en la realidad él ya había anunciado el proyecto de publicar otras novelas.

En una carta dirigida a Luciano Rivera y Garrido, podemos leer las siguientes frases: "...escribo "*Fania*", cuya acción empieza en 1822, aunque un bello episodio me hace retroceder hasta 1808, y las campañas de José María Cabal... "*Alma Negra*" (lo que usted llama Camilo) debe seguir a "*Fania*". Retocando el primitivo plan, la obra se convierte en dos libros: el último, "*Alma Negra*", aparecerá fragmentario sin el otro.

En ese trabajo puesta toda mi atención, mis facultades todas, confío ya plenamente en que el resultado satisfará a mis amigos”.

Estas promesas quedaron sin cumplimiento. Isaacs leyó incluso algunos capítulos a varias personas y Rivera y Garrido nos entrega la síntesis de uno de sus argumentos. Acaso el poeta juzgó sus novelas posteriores incapaces de superar la gloria de la “*María*”, que apenas salida de sus manos, se había constituido en propiedad inalienable de sus contemporáneos.